

XXVI.

El gran duque de Moscovia y los tributos.

El gran duque de Moscovia, fatigado con las guerras y robos de los tártaros, y con frecuentes invasiones de los turcos, se vió obligado á imponer nuevos tributos en sus estados y señoríos. Juntó sus favorecidos y criados, ministros y consejeros, y el pueblo de su córte, y díjoles :

—Ya los constaba de la necesidad extrema en que le tenian los gastos de sus ejércitos para defenderlos de la invidia de sus vecinos y enemigos, y que no podian las repúblicas y monarquías mantenerse sin tributos; que siempre eran justificados los forzosos y suaves, pues se convierten en la defensa de los que los pagan, redimiendo la paz y la hacienda y las vidas de todos aquella pequeña y casi insensible porcion que da cada uno al repartimiento, bienquisto por igual y moderado; que él los juntaba para su mismo negocio; que le respondiesen como en remedio y comodidad propia. Hablaron primero los allegados y ministros, diciendo que la propuesta era tan santa y ajustada, que ella se era respuesta y concesion; que todo era debido á la necesidad del príncipe y defensa de la patria; que así podia arbitrar conforme á su gusto en imponer todos y cualesquier tributos que fuese servido á sus vasallos, pues cuanto diesen pagaban á su útil y descanso, y que cuanto mayores fuesen las cargas, mostraria más la grande satisfaccion que tenia de su lealtad, honrándolos con ella. Oyólos con gusto el duque, mas no sin sospecha, y así mandó que el pueblo le respondiese por sí; el cual, en tanto que razonaban los magistrados, habia susurrádose en conferencia callada. Eligieron uno que hablase por ellos conforme al sentir de todos. Este, saliendo á lugar desembarazado, dijo :

—Muy poderoso señor, vuestros buenos vasallos por mí os besan con suma reverencia la mano por el cuidado que mostrais de su amparo y defensa; y como pueblo que en vuestra sujecion nació, y vive con amor heredado, confiesan que son vuestros á toda vuestra voluntad con ciega obediencia, y os hacen recuerdo que su blason es haberlo mostrado así en todo el tiempo de vuestro imperio, que Dios prospere. Conocen que su proteccion es vuestro cuidado, y que esa congoja os baja de príncipe soberano de todos y en todo, á padre de cada uno : amor y benignidad que inestimablemente aprecian. Saben las urgentes y nuevas ocasiones que os acrecientan gastos inexcusables, que por ellos y por vos no podeis evitar, y entienden que por vuestra pobreza no los podeis atender. Yo en nombre de todos os ofrezco, sin exceptar algo, cuanto todos tienen; empero pongo á vuestro celo dos cosas en consideracion : la una, que si tomais todo lo que tienen vuestros vasallos, agotareis el manantial que perpetuamente ha de socorremos á vos y á vuestra sucesion; y si vos, señor, los acabais, haceis lo que temeis que hagan vuestros enemigos, tanto más en vuestro daño, cuanto en ellos

es dudosa la ruina, y en vos cierta; y quien os aconseja que os asoleis porque no os asuelen, ántes es municion de vuestros contrarios que consejero vuestro. Acordaos del labrador á quien Júpiter, segun Isopo, concedió una pájara, que para su alimento le ponía cada dia un güevo de oro; el cual, vencido de la codicia, se persuadió á que ave que cada dia le daba un huevo de oro, tenía ricas minas de aquel metal en el cuerpo, y que era mejor tomárselo todo de una vez que recibirlo continuamente poco á poco y como Dios lo habia dispuesto. Mató la pájara, y quedó sin ella y sin el huevo de oro. Señor, no hagais verdad esta que fué fábula en el filósofo; que os haréis fábula de vuestro pueblo. Ser príncipe de pueblo pobre, más es ser pobre y pobreza que príncipe. El que enriquece los súbditos tiene tantos tesoros como vasallos; el que los empobrece, otros tantos hospitales y tantos temores como hombres, y ménos hombres que enemigos y miedos. La riqueza se puede dejar cuando se quiere, la pobreza no. Aquella pocas veces se quiere dejar, esta siempre. La otra es, que debeis considerar que vuestra ultimada necesidad presente nace de dos causas: la una, de lo mucho que os han robado y usurpado los que os asisten; la otra, de las obligaciones que hoy se os añaden. No hay duda que aquella es la primera; si es tambien la mayor, á vos os toca el averiguarlo. Repartid pues vuestro socorro como mejor os pareciere entre restituciones de los usurpadores y tributos de los vasallos; y solo podrá quejarse quien os fuere traidor. En estas palabras los cogió la *hora*; y el duque levantándose en pié, dijo:

—Dénme lo que me falta de lo que tenía, los que me lo han quitado, y páguenme lo demas que hubiere menester mis pueblos. Y porque no se dilate, todos vosotros y los vuestros, que desde léjos con la esponja de la intercesion me habeis chupado el patrimonio y tesoro, quedaréis solamente con lo que trujistes á mi servicio, descontados los sueldos. Fué tan grande y tan universal el gozo de los inferiores, viendo la justa y piadosa resolucion del duque, que aclamándole Augusto, y los más de rodillas, dijeron:

—Queremos en agradecimiento, despues de servir con lo que nos repartieres, pagar otro tanto más, y que esta parte quede por servicio perpetuo para todas las veces que cobreres lo que te tomaren; de que resultará que los codiciosos aun tendrán escrúpulo de recibir lo que les dieres.

XXVII.

Un fullero.

Un fullero, con más flores que mayo en la baraja, y más gatos que enero en las uñas, estaba jugando con un tramposo sobre tantos, persuadido de que se pierde más largo que con el dinero delante. Concedíale la trocada y la derecha, y la derecha como la quería, porque retirando las cartas, la derecha se la volvía zurda y la trocada se la cobraba con premio. Las suertes del fullero eran

unos Apéles en pintar, y las del tramposo boqueaban de tabardillo á puras pintas; las suertes del maullon siempre eran veinte y cuatro, con licencia del cabildo de Sevilla; las del tramposo se andaban tras el mediodía sin pasar de la una. Pues cógelos la *hora*, y contando el fullero los tantos, dijo:

—Vuesamerced me debe dos mil reales. El tramposo respondió, despues de haberlos vuelto á contar, como si pensara pagarlos:

—Señor mio, á su ramillete de vuesamerced le falta mi flor, que es perder y no pagar. Vuesamerced se la añada, y no tendrá que invidiar á Daraja. Haga vuesamerced cuenta que ha jugado con un saúco, cuya flor es ahorcar bolsas: lo que aquí se ha perdido es el tiempo, que tampoco lo cobrará vuesamerced como yo.

XXVIII.

Los holandeses.

Los holandeses, que por merced del mar pisan la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detras de unos montones de arena que llaman diques, rebeldes á Dios en la fe, y á su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio político, despues de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delincuente, y crecido en territorio por la traicion bien armada y atenta, y adquirido con prósperos sucesos opinion belicosa y caudal opulento; presumiendo de hijos primogénitos del Océano, y persuadidos á que el mar, que les dió la tierra que cubria para habitacion, no les negaria la que le rodeaba, se determinaron, escondiéndole en naves y poblándole de corsarios, á pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata á nuestras flotas, como nuestras flotas van por él á las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae, y no sacarlo de quien lo cria. Dales más barato los millones el descuido de un general ó el descamino de una borrasca, que las minas. Para esto los ha sido aplauso, confederacion y socorro la invidia que todos los reyes de Europa tienen á la suprema grandeza de la monarquía de España. Animados pues con tan numerosa asistencia, han establecido tráfico en la India de Portugal, introduciendo en el Japon su comercio; y cayendo y levantando con porfia providente, se han apoderado de la mejor parte del Brasil, donde no solo tienen el mando y el palo, como dicen, sino el tabaco y el azúcar, cuyos ingenios, si no los hacen doctos, los hacen ricos, dejándonos sin ellos rudos y amargos. En este paraje, que es garganta de las dos Indias, asisten tarascas con hambre peligrosa de flotas y naves, dando qué pensar á Lima y á Potosí (por afirmar la geografia) que pueden paso entre paso, sin mojarse los piés, ir á rondar aquellos cerros, cuando enfadados de navegar, no quieran resbalarse por el rio de la Plata, ó irse, en forma de cáncer mordiendo la costa por Buenos-Aires, y fortificarse trampantojos del paisaje. Estábase muy despacio aquel senado de hambrones del mundo sobre un

globo terrestre y una carta de marear, con un compas, brincando climas y puertos, y escogiendo provincias ajenas; y el príncipe de Orange con unas tijeras en la mano, para encaminar el corte en el mapa por el rumbo que determinase su albedrío. En esta accion los cogió la *hora*; y tomándole un viejo ya quebrantado de sus años las tijeras, dijo:

—Los glotones de provincias siempre han muerto de ahito: no hay peor replecion que la de dominios. Los romanos desde el pequeño círculo de un surco que no cabia medio celemin de siembra, se engulleron todas sus vecindades; y derramando su codicia, pusieron á todo el mundo debajo del yugo de su primer arado. Y como sea cierto que quien se vierte se desperdicia tanto como se extiende, luego que tuvieron mucho que perder empezaron á perder mucho; porque la ambicion llega para adquirir más allá de donde alcanza la fuerza para conservar. En tanto que fuéron pobres conquistaron á los ricos; los cuales, haciéndolos ricos y quedando pobres con las mismas costumbres de la pobreza, pegándoles las del oro y las de los deleites, los destruyeron, y con las riquezas que les dieron tomaron de ellos venganza. Calaveras son que nos amonestan los asirios, los griegos y los romanos: más nos convienen los cadáveres de sus monarquías por escarmiento que por imitacion. Cuanto más quisiéremos encaramar nuestro poco peso, y llegarle en la romana del poder á la gran carga que se quiere contrastar, tanto ménos valor tendremos; y cuanto más le retiráremos en ella, nuestra pequeña porcion sola contrastará los inmensos quintales que equilibra; y si á nuestra última línea los retiráremos, uno nuestro valdrá mil. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su *Piedra del parangon*: verificándose en la monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso, que juntándole al nuestro, nos le desminuia con el aumento. Hacernos libres de sujetos fué prodigio; conservar este prodigio es ocupacion para que nos habemos menester todos. Francia y Ingalaterra, que nos han ayudado á limar á España de su señorío la parte con que las era formidable vecino, por la propia razon no consentirán que nos aumentemos en señorío que puedan temer. La segur que se añade con todo lo que corta del árbol, nadie la tendrá por instrumento, sino por estorbo. Consentirnos han en tanto que tuviéremos necesidad dellos; y en presumiendo de que ellos la tienen de nosotros, atenderán á nuestra mortificacion y ruina. El que al pobre que dió limosna le ve rico, ó cobra dél ó le pide. Nada adquirimos de nuevo que no quieran para sí los príncipes que nos lo ven adquirir; y por vecino, al paso que desprecian al que pierde, temen al que gana; y nosotros desparramándonos, somos estratagema del rey de España contra nosotros, pues cuando él por dividirnos y enflaquecernos dejara perder adrede las tierras que le tomamos, era treta y no pérdida; y nunca más fácilmente podrá quitarnos lo que tenemos, que cuando más nos hubiere dejado tomar de lo que tiene tan lésos de sí como de nosotros. Con el Brasil ántes se desangra y despuebla Holanda, que se crece. Ladrones somos: basta no restituir lo hurtado, sin hurtar siempre: ejercicio con que ántes se llega á la horca que al trono. El príncipe de Orange, enfadado y cobrando las tijeras, dijo:

—Si Roma se perdió, Venecia se conserva y fué cicatera de lugares al prin-

cipio como nosotros. La horca que dices, más se usa en los desdichados que en los ladrones; y en el mundo el ladrón grande condena al chico. Quien corta bolsas, siempre es ladrón; quien hurta provincias y reinos, siempre fué rey. El derecho de los monarcas se abrevia en *viva quien vence*. Engendrarse los unos de la corrupcion de los otros es natural, y no violento: causa es quien se corrompe de quien se engendra. El cadáver no se queja de los gusanos que le comen, porque él los cria; cada uno mire que no se corrompa, porque será padre de sus gusanos. Todo se acaba, y más presto lo poco que lo mucho. Cuando nos tenga miedo quien nos tuvo lástima, tendremos lástima á quien nos tuvo miedo; que es buen trueque. Seamos, si podemos, lo que son los que fuéron lo que somos. Todo lo que has apuntado es bueno no lo sepan el rey de Inglaterra y Francia; y acuérdate adelante, que al empezar es estorbo lo que en el mayor aumento es consejo. Y diciendo y haciendo, echó la tijera á diestro y á siniestro, trasquilando costas y golfos; y de las cercenaduras del muado se fabricó una corona, y se erigió en majestad de carton.

XXIX.

El gran duque de Florencia.

El gran duque de Florencia, que por cuatro letras más ó ménos del título de *gran* es malquisto de todos los otros potentados, estaba cerrado en un camarín con un criado, de quien fiaba la comunicacion más reservada. Conferian la grandeza de sus ciudades y la hermosura de su estado, el comercio de Liguria y las vitorias de sus galeras. Pasaron al grande esplendor con que su sangre se había mezclado con todos los monarcas y reyes de Europa en los repetidos casamientos con Francia, pues por la línea materna eran sus descendientes los reyes Católicos, el Cristianísimo, y el de la Gran Bretaña. En este cómputo los cogió la *hora*; y arrebatado della el criado, dijo:

—Señor, vuesa alteza de ciudadano vino á príncipe: *Memento homo*. En tanto que se trató como potentado fué el más rico; hoy, que se trata como suegro de reyes y yerno de emperador, *pulvis es*; y si le alcanza la dicha de suegro con Francia, y las maldiciones de casamentero, *in pulverem reverteris*. El estado es fertilísimo, las ciudades opulentas, los puertos ricos, las galeras fortunadas, los parentescos grandes, el dominio por todas razones real; empero ahora he visto en él notables manchas, que le desalían y desautorizan, y son estas: la memoria que conservan los vasallos de que fuéron compañeros; la república de Luca, que cayó de medio á medio de todo; los presidios de Toscana, que el rey de España tiene; y el *gran* sobre *duque*, por la emulacion de los vecinos. El duque, que en algunas cosas destas no había reparado, dijo:

—¿Qué modo tendré para sacarme estas manchas? Replicó el criado:

—Sacarlas segun están reconcentradas es imposible sin cortar el pedazo; y es mal remedio, porque es mejor andar manchado que roto. Y si las manchas que digo se sacan con el pedazo, no le quedará pedazo á vuesa alteza, y vuesa alteza quedará hecho pedazos: estas son manchas de tal calidad, que se limpian con meterse más adentro, y no con sacarse. Use vuesa alteza de la saliva en ayunas para esto, y vaya chupando para sí poco á poco. Y lo que gasta en dotes de reinas, gástelo en tapar los oídos á los atentos, porque no le sientan chupar.

XXX.

El alquimista.

Un alquimista hecho pizcas, que parecia se habia distilado sus carnes y calcinado sus vestidos, estaba engarrafado de un miserable á la puerta de uno que vendía carbon. Deciale:

—Yo soy filósofo espagírico, alquimista: con la gracia de Dios he alcanzado el secreto de la piedra filosofal, medicina de vida, y transmutacion transcendente, infinitamente multiplicable; con cuyos polvos haciendo proyeccion, vuelvo en oro de más quilates y virtud que el natural, el azogue, el hierro, el plomo, el estaño y la plata. Hago oro de yerbas, de las cáscaras de güevos, de cabellos, de sangre humana, de la orina y de la basura: esto en pocos dias y con ménos costa. No oso descubrirme á nadie, porque si se supiese, los príncipes me engullirian en una cárcel, para ahorrar los viajes de las Indias y poder dar dos higas á las minas y al Oriente. Sé que vuesa merced es persona cuerda, principal y virtuosa; y he determinado fiarle secreto tan importante y admirable: con que en pocos dias no sabrá qué hacer de los millones. Oíale el mezquino con una atencion canina y lacerada, y tan encendido en codicia con la turbamulta de millones, que le tecleaban los dedos en ademan de contar. Habíale crecido tanto el ojo, que no le cabia en la cara. Tenia ya entre sí condenadas á barras de oro las sartenes, asadores, y calderos y candiles. Preguntóle que cuánto sería menester para hacer la obra. El alquimista dijo que casi nada: que con solos seiscientos reales habia para orear y platificar todo el universo mundo, y que lo más se habia de gastar en alambiques y crisoles; porque el elixir que era el alma vivificante del oro no costaba nada, y era cosa que se hallaba de balde en todas partes; y que no se habia de gastar un cuarto en carbon, porque con cal y estiércol lo sublimaba y digería y separaba y retificaba y circulaba; que aquello no era hablar, sino que delante dél y en su casa lo haria; y que solo le encargaba el secreto. Estaba oyendo este embuste el carbonero, dado á los demonios de que habia dicho no habia de gastar carbon. Pues cógelos la hora, y embistiendo (afeitado con cisco y oliendo á pastillas de diablo) con el alquimista, le dijo:

—Vagamundo, pícaro, sollastre, ¿para qué estás dando papilla de oro á ese buen hombre? El alquimista, revestido de furias, respondió que mentía; y entre el mentís y un sopapo que le dió el carbonero no cupiera un cabello. Armóse una pelaza entre los dos, de suerte que á cachetes el alquimista estaba hecho alambique de sangre de narices. No los podia despartir el miserable, que del miedo del tufo y de la tizne, no se osaba meter en medio. Andaban tan mezclados, que ya no se sabía cuál era el carbonero ni quién habia pegado la tizne al otro. La gente que pasaba los despartió: quedaron tales, que parecian bolas de lámpara, ó que venian de visitarse con tijeras de despavilar. Decia el carbonero:

—Oro dice el pringon que hará de la basura y del hierro viejo, ¡y está vestido de torcidas de candiles, y fardado de *daca la maza*! Yo conozco á estos, porque á otro vecino mio engañó otro tragamallas, y en solo carbon le hizo gastar en dos meses en mi casa mil ducados, diciendo que haria oro, y solo hizo humo y ceniza, y al cabo le robó cuanto tenia.

—Perro, replicó el alquimista, yo haré lo que digo; y pues tú haces oro y plata del carbon y de los cantazos que vendes por tizos, y de la tierra y basura con que lo polvoreas, y de las maulas de la romana, ¿porqué yo con la *Arte magna*, con Arnaldo, Géber y Avicena, Morieno, Roger, Hérmes, Theofrasto, Vlstadio, Evónimo, Crollio, Libavio y la *Tabla smaragdina* de Hérmes, no he de hacer oro? El carbonero replicó todo engrifado:

—Porque todos esos autores te hacen á tí loco; y tú á quien te cree, pobre. Y yo vendo el carbon, y tú le quemas: por lo cual yo le hago plata y oro, y tú hollin. Y la piedra filosofal verdadera es comprar barato y vender caro, y váyanse noramala todos esos Fulanos y Zutanos que nombras; que yo de mejor gana gastara mi carbon en quemarte empapelado con sus obras que en venderle. Y vuesamerced haga cuenta que hoy ha nacido su dinero; y si quiere tener más, el trato es garañon de la moneda, que empreña al doblon, y le hace parir otro cada mes. Y si está enfadado con sus talegos, vácielos en una necesaria; y cuando se arrepienta, los sacará con más facilidad y más limpieza que de los fuelles y hornillos deste maldito, que siendo mina de arrapiezos, se hace Indias de hoz y de coz, y amaga de Potosí.

XXXI.

Los tres franceses y el español.

Venian tres franceses por las montañas de Vizcaya á España: el uno con un carretoncillo de amolar tijeras y cuchillos por babador; el otro con dos corcovas de fuelles y ratoneras; y el tercero con un cajon de peines y alfileres. Topólos en lo más agrío de una cuesta descansando, un español que pasaba á

Francia á pié con su capa al hombro. Sentáronse á descansar á la sombra de unos árboles; trabaron conversacion: oíanse tejidos el *hui monsieur* con el *pesia tal*, y el *per ma fue* con el *voto á cristo*. Preguntado por ellos el español dónde iba, respondió que á Francia, huyendo por no dar en manos de la justicia, que le perseguia por algunas travesuras; que de allí pasaria á Flándes á desenojar los jueces y desquitar su opinion, sirviendo á su rey; porque los españoles no sabian servir á otra persona en saliendo de su tierra. Preguntado cómo no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en camino tan largo, dijo que el oficio de los españoles era la guerra, y que los hombres de bien pobres pedian prestado ó limosna para caminar, y los ruines lo hurtaban, como los que lo son en todas las naciones; y añadió que se admiraba del trabajo con que ellos caminaban desde Francia por tierras extrañas y partes tan ásperas y montuosas, con mercancia, á riesgo de dar en manos de salteadores. Pidióles refiriesen qué ocasion los echaba de su tierra, y qué ganancia se podian prometer de aquellos trastos con que venian brumados, espantando con la vision mulas y rocines, y dando qué pensar á los caminantes desde léjos. El amolador, que hablaba el castellano menos zabucado de gabacho, dijo:

—Nosotros somos gentilhombres malcontentos del rey de Francia; hémonos perdido en los rumores, y yo he perdido más por haber hecho tres viajes á España, donde con este carretoncillo y esta muela sola he mascado á Castilla mucho y grande número de *pistolas*, que vosotros llamais doblones. Acedósele al español todo el gesto, y dijo:

—Arrebócese su sanar de lamparones el rey de Francia si sufre por malcontentos *mercan fuelles y peines y alfileres, y amoladores*. Replicó el del carrete:

—Vosotros debeis mirar á los amoladores de tijeras como á flota terrestre, con que vamos amolando y aguzando más vuestras barras de oro que vuestros cuchillos. Mirad bien á la cara á ese cantarillo quebrado, que se orina con estangurria; que él nos ahorra, para traer la plata, de la tabaola del Océano y de los peligros de una borrasca; y con una rueda, de velas y pilotos. Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos y sangramos poco á poco las venas de las Indias. Y habeis de persuadiros que no es el menor miembro del tesoro de Francia el que cazan las ratoneras y el que soplan los fuelles.

—Voto á Dios, dijo el español, que sin saber yo eso, echaba de ver que con los fuelles nos llevábades el dinero en el aire, y que las ratoneras ántes llenaban vuestros gatos que disminuian nuestros ratones. Y he advertido que despues que vosotros vendeis fuelles, se gasta más carbon y se cuecen ménos las ollas; y que despues que vendeis ratoneras, nos comemos de ratoneras y de ratones; y que despues que amolais cuchillos, se nos toman, y se nos gastan y se nos mellan, y se nos embotan las herramientas; y que amolando cuchillos, los gastais y echais á perder, para que siempre tengamos necesidad de compraros los que vendeis. Y ahora veo que los franceses sois los piojos que comen á España por todas partes, y que venis á ella en figura de bocas abiertas, con dientes de peines y muelas de aguzar; y creo que su comezon no se remedia con rascarse, sino que án-

tes crece, haciéndose pedazos con sus propios dedos. Yo espero en Dios he de volver presto, y he de advertir que no tiene otro remedio su comezon sino espulgarse de vosotros y condenaros á muerte de uñas. Pues ¿qué diré de los peines, pues con ellos nos habeis introducido las calvas, porque tuviésemos algo de Calvino sobre nuestras cabezas? Yo haré que España sepa estimar sus ratones y su caspa y su moho, para que vais á los infiernos á gastar fuelles y ratoneras. En esto los cogió la *hora*, y desatinándole la cólera, dijo :

—Los demonios me están retentando de mataros á puñaladas, y abernardarme, y hacer Roncesvalles estos montes. Los bugres, viéndole demudado y colérico, se levantaron con un zurrido monsiur, hablando galalones, pronunciando el *mondiu* en tropa, y la palabra *coquin*. En mal punto la dijeron, que el español, arrancando la daga y arremetiendo al amolador, le obligó á soltar el carretoncillo, el cual con el golpe empezó á rodar por aquellas peñas abajo, haciéndose andrajos. En tanto por un lado el de las ratoneras le tiró un fuelle; mas embistiendo con él á puñaladas, se los hizo flautas, y astillas las ratoneras. El de los peines y alfileres, dejando el cajon en el suelo, tomó pedrisco. Empezaron todos tres contra el pobre español, y él contra todos tres, á descortezarse á pedradas : municion que á todos sobra en aquel sitio, aun para tropezar. De miedo de la daga, tiraban los gabachos desde léjos. El español, que se reparaba con la capa, dió un puntapié al cajon de alfileres, el cual á tres calabazadas que rodando se dió en unas peñas, empezó á sembrar peines y alfileres, y viéndole disparar puas de azofar, hecho erizo de madera, dijo :

—Ya empiezo á servir á mi rey, y viendo llegar pasajeros de á mula que los departieron, les pidió le diesen fe de aquella vitoria que á fuer de espulgo habia tenido contra las comezons de España. Riéronse los caminantes sabida la causa; y llevándose al español á las ancas de una mula, dejaron á los franceses ocupados en dar tapabocas á los fuelles, y bizmar las ratoneras, y remendar el carreton, y buscar los alfileres, que se habian sembrado por aquellos cerros. El español desde léjos, yendo caminando, les dijo á gritos :

—Gabachos, si son malcontentos en su tierra, agradézcanme el no dejar de ser quien son en la mia.

XXXII.

La serenísima república de Venecia.

La serenísima república de Venecia, que por su gran seso y prudencia en el cuerpo de Europa hace oficio de cerebro, miembro donde reside la córte del juicio, se juntó en la grande sala á consejo pleno. Estaba aquel consistorio encordado de diferentes voces, graves y leves, en viejos y en mozos; unos doctos por las noticias, otros por las experiencias : instrumento tan bien templado y de tan rara armonía, que al són suyo hacen mudanzas todos los señores del

mundo. El Dux, príncipe coronado de aquella poderosa libertad, estaba en solio eminente con tres consejeros por banda : de la una parte un *capo* de cuarenta, de la otra dos. Asistían próximos los secretarios que cuentan las boletas, y en sus lugares en pié los ministros que las llevan. El silencio desaparecía á los oídos de tan grande concurso, excediendo de tal manera al de un lugar desierto, que se persuadian los ojos era auditorio de escultura : tan sin voz estaban los achaques en los ancianos y el orgullo en los mancebos. Rompiendo esta atencion, dijo :

—La malicia introduce la discordia, y la disimulacion hace bienquisto al que siembra la cizaña del propio que la padece. A nosotros nos ha dado la paz y las vitorias la guerra que habemos ocasionado á los amigos ; no la que hemos hecho á los contrarios. Serémos libres en tanto que ocuparémos á los demas en cautivarse. Nuestra luz nace de la disension : somos discípulos de la centella que nace de la contienda del pedernal y del eslabon. Cuanto más se aporrean y más se descalabran los monarcas, más nos encendemos en resplandores. Italia, despues que falleció, es á la manera de una doncella rica y hermosa que, por haber muerto sus padres, quedó en poder de tutores y testamentarios con deseo de casarse; empero los testamentarios, como cada uno se le ha quedado con un pedazo, por no restituirla su dote y quedarse con lo que tienen en su poder, unos se la niegan y afean al rey de España, que la pretende; otros al rey de Francia, que la pide; poniendo en los maridos las faltas que estudian en sí. Estos tutores tramposos son los potentados, y entre ellos no se puede negar que nosotros no la hemos arrebatado grande parte de su patrimonio. Hoy aprietan la dificultad por casarse con ella estos dos pretendores. Del rey de Francia nos hemos valido para trampear esta novia al rey Católico, que por la vecindad de Milan y Nápoles la hace señas, y registra desde sus ventanas las suyas. El rey Cristianísimo, que por estar léjos no la podia rondar ni ver, y se valia de papeles, hoy con las tercías de Saboya y Mantua y Parma, y llegándose á Piñarol, la acecha y galantea, nos obliga á que se la trampeemos á él. Esto es fácil, porque los franceses con ménos trabajo se arrojan que se traen; con su furia echan á los otros, y con su condicion á sí mismos. Empero conviene que se disponga esta zancadilla de suerte que, haciendo efectos de divorcio, cobremos caricias de casamenteros. Derramada tiene la atencion el rey Cristianísimo y delincuente la codicia en Lorena, y peligrosas en Alemania las armas, pobres sus vasallos. Tiene desacreditada la seguridad en el mundo : por esto temerosos en Italia los confidentes. Entradas son que no apurarán nuestra sutileza para lograrlas, pues su propio ruido disimulará nuestros pasos. No hemos menester gastar sospecha en los que se han fiado dél; que sus arrepentimientos nos la ahorran. Lo que me parece es que con alentarle á que prosiga en los hervores de su ambicioso y crédulo desvanecimiento, conquistarémos al rey de los franceses con Luis XIII. El esfuerzo último se ha de poner en conservar y crecer en su gracia á su privado. Este, que le quita cuanto se añade, le disminuye al paso que crece. Miéntas el vasallo fuere señor de su rey, y el rey vasallo de su criado, aquel será aborrecido por traidor, y este despreciado por vil. Para decir *muerá el Rey* en públi-

co, no solo sin castigo sino con premio, se consigue con decir *viva el privado*. No sé si le fué más aciago á su padre, Francisco Revellac que á él Richeleu; lo que sé es que entre los dos le han dejado huérfano : aquel sin padre, este sin madre. Dure Armando, que es como la enfermedad, que durando acaba ú se acaba. Por muy importante juzgo el pensar sobre la sucesion del rey Cristianísimo, la cual no se espera en descendientes; ántes que vuelva á su hermano, cuyo natural da buenas promesas á nuestro acecho. Es fuego que podrémos derramar á soplos, y de tal condicion, que se atiza á sí mismo; hombre quejoso del bien que recibe; por lo que tiene desobligado al rey de España, y atesorada discordia, que podrémos encaminar como nos convenga. Francia está sospechosa con la descendencia real que el privado se achaca con genealogías compradas, y temerosa de ver agotados todos los cargos en su familia, y todas las fuerzas en poder de sus cómplices. Esles recuerdo Momoranci degollado, y tantos grandes señores y ministros ó en destierro ó en desprecio. Sospechan que en la sucesion ha de haber rebatiña, y no herencia. Las cosas de Alemania no admiten cura con el Palatino desposeido, y con el de Lorena, y los desinios del duque de Sajonia, y los protestantes por el imperio contra la casa de Austria. Italia está al parecer imposibilitada de paz por los presidios que los franceses tienen en ella. Al rey de España sobran ocupaciones y gastos con los holandeses, que en Flándes le han tomado lo que tenia, y le quieren tomar lo que tiene; que se han apoderado en la mejor y mayor parte del Brasil, del palo, tabaco y azúcar, con que se aseguran flota; que se han fortificado en una isla de las de barlovento. Juntase á esto el cuidado de mantener al Emperador, la oposicion á los franceses por el estado de Milan. Nosotros, como las pesas en el reloj de faltriquera, hemos de mover cada hora y cada punto estas manos, sin ser vistos ni oídos, derramando el ruido á los otros, sin cesar ni volver atras. Nuestra razon de estado es vidriero, que con el soplo da las formas y hechuras á las cosas, y de lo que sembramos en la tierra á fuerza de fuego, fabricamos hielo. En esto los cogió la *hora*, que apoderándose del capricho de un republicon de los *Capidiechi*, le hizo razonar en esta manera :

—Venecia es el mismo Pilátos. Pruébolo. Condenó al Justo y lavó sus manos: *ergo*. Pilátos soltó á Barrabas, que era la sedicion, y aprisionó á la paz, que era Jesus: *igitur*. Pilátos, constante (digo pertinaz) dijo: Lo que escribí, escribí: *tenet consequentia*. Pilátos entregó la salud y la paz del mundo á los alborotadores para que la crucificasen, *non potest negari*. Alborotóse todo el consistorio en voces: el Dux con acuerdo de muchos y de los semblantes de todos, mandó poner en prisiones al republicon, y que se averiguase bien su genealogía; que sin duda por alguna parte decendia de alguno que decendia de otro, que tenia amistad con alguno que era conocido de alguno, que procedia de quien tuviese algo de español.

XXXIII.

El dux y senado de Génova.

Juntó el preclaro é ilustrísimo dux de Génova todo aquel excelentísimo senado para oír al embajador del rey Cristianísimo, el cual razonó desta manera:

—Serenísima república, el rey mi señor, que siempre ha tenido las libertades de Italia en igual precio que la majestad de su corona, asistiendo á su conservacion con todo su poderío, celoso de vuestra paz, sin pretender otro aumento que el de los príncipes que en ella en division concorde poseen la mejor y más hermosa parte del mundo, —hoy me manda que en su nombre os haga recuerdo de que, como muy obediente hijo de la Iglesia romana y seguro vecino de todos los potentados, desea justificar sus acciones en vuestros oídos, y desempeñar para con todos su afecto y benevolencia. Mejor sabeis vosotros lo que padeceis, que nosotros lo que oimos y vemos desde léjos. Muchos años han pasado por vosotros en guerras continuadas, introducidas por las desavenencias del duque de Saboya, cuyos confines siempre os fuéron sospechosos y molestos, á los cuales se opuso el rey Católico con nombre de árbitro. Habeis visto los campos anegados en sangre, y horribles con cuerpos muertos; las ciudades asoladas por sitios y por asaltos; el país robado por los alojamientos; en vuestras tierras los alemanes, gente feroz: número á quien acompaña en las almas la herejía, en los cuerpos la hambre y la peste. No hallará vuestra advertencia culpado al rey mi señor en alguna de estas calamidades, pues solamente ha asistido al socorro de la parte más flaca, no con intento de que venciendo se aumentase, sino de que defendiéndose no dejase aumentar al contrario, para que el derecho de cada uno quedase sin ofensa y justificado; y el Monferrato, que ha sido vientre destas disensiones, no fuese premio de alguna codicia. Con este fin ha sustentado grandes ejércitos, y alguna vez acompañádoslos en persona, venciendo las fortificaciones del invierno en los Alpes, por abrir la puerta á vuestros socorros, volviendo triunfante con solo este útil. Hoy, que parece estar furioso el mundo, y que vuestra asistencia le ha solicitado odios poderosos en todas partes, se promete que esta serenísima república le tendrá por tan buen amigo en sus puertos como al rey de España, cuando con mantener con los dos neutralidad mostrará que conoce el santo celo del rey mi señor, y la justificacion de sus armas. El dux, viendo que el monsiur habia dado fin á su propuesta, respondió:

—Damos gracias á Dios, que en asistir con amor y reverencia al rey Cristianísimo no tenemos qué ofrecer sino la continuacion de lo que hasta el dia de hoy se ha hecho. Hemos oido en vuestras palabras lo que hemos visto: fácil es persuadir á los testigos. Y si bien pudiera turbar nuestra confianza el haber abrigado vuestro rey con los socorros de la Digerá las discordias con que la alteza de Saboya pretendió destruir ó molestar esta república (que á no socorrerla el rey

Católico, se viera en confusion); y asimismo pudiera escarmentarla el haber apoderádose las armas francesas de Susa y Piñarol y el Casal en Italia, á imitacion del que en achaque de meter paz en una pendencia se va con las capas de los que riñen; acrecentando con hórrores esta sospecha el haber la majestad Cristianísima hecho al duque de Lorena la vecindad del humo, que le echó de su casa llorando;—empero nosotros, no reparando en los semblantes destas acciones, somos y seremos siempre los más afectos á su corona. Esto cuanto dieren lugar las grandes obligaciones que esta señoría y todos sus particulares tienen, y conocen al monarca de las Españas, en cuyo poder estamos defendidos, con cuya grandeza ricos, en cuya verdad y religion descansamos seguros. Y así, para resolver el punto de la neutralidad que se nos pide, es justo se llamen á este consejo todos los republicos, en cuyo caudal está la negociacion. Pareció bien al embajador y al senado. Fué persona grave á llamarlos, con órden les dijese á qué fin, y que viniesen luego. Fué el diputado, y llegando á Banchi, donde los halló juntos, les dió su embajada y la razon della. En esto los cogió á todos la *hora*; y demudándose los nobilísimos ginoveses, dijeron al magnífico, que respondiese al serenísimo dux, que habiendo entendido la propuesta del rey de Francia, y queriendo ir á obedecer su mandato, se les habian pegado de suerte los asientos de España, que no se podian levantar. Y que fueran con los asientos arrastrando; mas no era posible arrancarlos, por estar clavados en Nápoles y Sicilia, y remachados con los juroes de España. Que advertian á su serenidad que el rey de Francia caminaba como galeote con las espaldas vueltas hácia donde quiere ir derecho tirando para sí; y que abra los ojos: que aquella majestad ha sido inquisidor contra herejes, y hoy es hereje contra inquisidores. Volvió el magnífico, y dió en alta voz esta respuesta. Quedó monsiur amostazado y confuso, con bullicio mal atacado, arrebañando una capa de estatura de mantellina, con cuello de garnacha. El dux, por alargarle la saña, le dijo:

—Decid al rey Cristianísimo que ya que esta república no puede servirle en lo que pide, le ofrece, si prosiguere en venir á Italia, un aniversario perpetuo en altar de alma por los franceses que muriendo acompañaren á los que hicieron cimiterio el bosque de Pavía, empedrándole de calaveras; y de hacer á su majestad la costa todo el tiempo que estuviere preso en el estado de Milan; y desde luego le ofrecemos para su rescate cien mil ducados; y vos llevaos esa historia del emperador Carlos V para entreteneros en el camino, y servirá de itinerario á vuestro gran rey. El monsiur, ciego de cólera, dijo:

—Vosotros habeis hablado como buenos y leales vasallos del rey Católico, á quien los propios asientos que me niegan la neutralidad han hecho gallegos de allende y ultramarinos.

XXXIV.

Los alemanes herejes.

Los alemanes , herejes y protestantes , en quienes son tantas las herejías como los hombres , que se gastan en alimentar la tiranía de los suecos , las traiciones del duque de Sajonia , marques de Brandenburg y Landtgrave de Hessen; hallándose corrompidos de mal frances , trataron de curarse de una vez , viendo que los sudores de tantos trabajos no habian aprovechado , ni las uncciones que con unguento de azogue los dieron en la estufa de Nortlingen , ni las copiosas sangrías , *usque ad animi deliquium* , de tantas rotas. Juntaron todos los mejores médicos racionales y espagíricos que hallaron , y haciéndoles relacion de sus achaques , les pidieron remedio eficaz. Algunos fuéron de parecer que la medicina era purgarlos de todos los humores franceses que tenian en los huesos. Otros , afirmando que el mal estaba en las cabezas , ordenaron evacuaciones , descargándolas de opiniones crasas , con el tetrágono de Hipócrates , tan celebrado de Galeno , á que corresponde el tabaco en humo en la forma. Otros , supersticiosos y dados á las artes secretas , afirmaron que lo que padecian no eran enfermedades naturales , sino demonios que los agitaban , y que como endemoniados necesitaban de exorcismos y conjuros. En esta discordia estudiosa estaban cuando los cogió la *hora* ; y alzando la voz un médico de Praga , dijo :

—Los alemanes no tienen en su enfermedad remedio , porque sus dolencias y achaques solamente se curan con la *dieta* ; y en tanto que estuvieren abiertas las tabernas de Lutero y Calvino , y ellos tuvieren gatzates y sed ; y no se abstuvieren de los bodegones y burdeles de Francia , no tendrán la *dieta* de que necesitan.

XXXV.

El Gran Señor de los turcos.

El Gran Señor , que así se llama el emperador de los turcos , monarca , por los embustes de Mahoma , en la mayor grandeza unida que se conoce , mandó juntar todos los cadís , capitanes , beyes y visires de su Puerta , que llama excelsa , y con ellos todos los morabitos y personas de cargos preeminentes , capitanes generales y bajáes , todos , ó la mayor parte renegados ; y asimismo los esclavos cristianos que en perpetuo cautiverio padecen muerte viva en las torres de Constantinopla , sin esperanza de rescate , por la presuncion de aquella soberbia majestad , que tiene por indecente el precio por esclavos , y por plebeya la celestial virtud de la misericordia. Fué por esto grande el concurso y mayor la

suspension de todos viendo un acto en aquella forma, sin ejemplar en la memoria de los más ancianos. El Gran Señor, que juzga á desautoridad que sus vasallos oigan su voz y traten su persona aun con los ojos, estando en trono sublime, cubierto con velos que solo daban paso confuso á la vista, hizo seña muda para que oyesen á un morisco de los expulsos de España las novedades á que procuraba persuadirle. El morisco, postrado en el suelo á los piés del emperador tirano, en adoracion sacrílega, y volviéndose á levantar, dijo:

—Los verdaderos y constantes mahometanos, que en larga y trabajosa captividad en España por largas edades abrigamos oculta en nuestros corazones la ley del profeta descendiente de Agar, reconocidos á la benignidad con que el todopoderoso monarca del mundo, gran señor de los turcos, nos consintió lastimosas reliquias de expulsion dolorosa,—hemos determinado hacer á su grandeza y majestad algun considerable servicio, valiéndonos de la noticia que trujimos, por falta del caudal que con el despojo nos dejó número inútil. Y para que se consiga proponemos que, para gloria desta nacion, y el premio de los invencibles capitanes y beyes en las memorias de sus hazañas, conviene, á imitacion de Grecia y Roma y España, dotar universidades y estudios, señalar premios á las letras, pues por ellas, habiendo fallecido los monarcas y las monarquías, hoy viven triunfantes las lenguas griega y latina, y en ellas florecen, á pesar de la muerte, sus hazañas y virtudes y nombres, rescatándose del olvido de los sepulcros por el estudio que los enriqueció de noticias y sacó de bárbaras á sus gentes.

«Lo segundo, que se admita y platique el derecho y leyes de los romanos, en cuanto no fueren contra la nuestra, para que la policía crezca, las demasías se repriman, las virtudes se premien, se castiguen los vicios, y la justicia se administre por establecimientos que no admiten pasion ni enojo ni cohecho, con método seguro y estilo cierto y universal.

«Lo tercero, que para el mejor uso del rompimiento en las batallas, se dejen los alfanjes corvos, por las espadas de los españoles, pues en la ocasion son para la defensa y la ofensa más hábiles, ahorrando con las estocadas grandes rodeos de los movimientos circulares; por lo cual, llegando á las manos con los españoles, que siempre han usado mejor que todas las naciones esta destreza, hemos padecido grandes estragos. Son las espadas mucho más descansadas al pulso y á la cinta.

«Lo cuarto, para conservar la salud, y cobrarla si se pierde, conviene alargar en todo y en todas maneras el uso del beber vino, por ser con moderacion el mejor vehículo del alimento y la más eficaz medicina, y para aumentar las rentas del Gran Señor y de sus vasallos con el tráfigo (el tesoro más numeroso) por ser las viñas artífices de muchos licores diferentes con sus frutos, y en todo el mundo mercancía forzosa; y para esforzar los espíritus al coraje de la guerra, y encender la sangre en hervores temerarios, más eficaces que el Aníon, y más racionales: á que no debe obstar la prohibicion de la ley, en que se ha empezado á dispensar. Y para que se disponga, daráse interpretacion conveniente y ajustada.

«Y ofrecemos para la disposicion de todo lo referido arbitrios y artífices que lo dispongan sin costá ni inconveniente alguno, asegurando gloriosos aumentos y esplendor inestimable á todos los reinos del grande emperador de Constantinopla.

Acabando de pronunciar esta palabra postrera, se levantó Sinan bey, renegado, y encendido en coraje rabioso, dijo :

— Si todo el infierno se hubiera conjurado contra la monarquía de los turcos, no hubiera pronunciado cuatro pestes más nefandas que las que acaba de proponer este perro morisco, que entre cristianos fué mal moro, y entre moros quiere ser mal cristiano. En España quisieron levantarse estos; aquí quieren derribarnos. No fué aquella mayor causa de expulsion que esta; justo será desquitarnos de quien nos los arrojó, con volvérselos. No pretendió con tan último fin don Juan de Austria acabar con nuestras fuerzas cuando en Lepanto, derramando las venas de tantos genizaros, hizo nadar en sangre los peces, y á nuestra costa dió competidor al mar Bermejo; no con enemistad tan rabiosa el Persiano con turbante verde solicita la desolacion de nuestro imperio; no don Pedro Giron, duque de Osuna, virey de Sicilia y Nápoles, siendo terror del mundo procuró con tan eficaces medios, horrendo en galeras y naves y infantería armada, con su nombre formidable esconder en noche eterna nuestras lunas (que borró tantas veces, cuando de temor de sus bajeles se aseguraban las barcas desde Estambul á Pera);—como tú, marrano infernal, con esas cuatro proposiciones que has ladrado. Perro, las monarquías con las costumbres que se fabrican se mantienen. Siempre las han adquirido capitanes, siempre las han corrompido bachilleres. De su espada, no de su libro, dicen los reyes que tienen sus dominios; los ejércitos, no las universidades, ganan y defienden; victorias, y no disputas, los hacen grandes y formidables. Las batallas dan reinos y coronas, las letras grados y borlas. En empezando una república á señalar premios á las letras, se ruega con las dignidades á los ociosos, se honra la astucia, se autoriza la malignidad y se premia la negociacion; y es fuerza que dependa el vitorioso del graduado, y el valiente del doctor, y la espada de la pluma. En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes: el estudio que los advierte los amotina. Vasallos doctos más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan: en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina: y aquí empiezan á reinar sobre su príncipe. El estudio hace que se busque la paz, porque la ha menester; y la paz procurada induce la guerra más peligrosa. No hay peor guerra que la que padece el que se muestra codicioso de la paz: con las palabras y embajadas pide esta, y negocia con el temor de los ruegos la otra. En dándose una nacion á doctos y á escritores, el ganso pelado vale más que los mosquetes y lanzas, y la tinta escrita más que la sangre vertida; y al pliego de papel firmado no le resiste el peto fuerte, que se burla de las cóleras del fuego; y una mano cobarde por un cañon tajado se sorbe desde el tintero las honras, las rentas, los títulos y las grandezas. Mucha gente baja se ha vestido de negro en los tinteros; de muchos son los algodones solares; muchos títulos y estados decien den del burrajear. Roma, cuando desde un surco que no cabia dos celemines de sembradura se creció

en república inmensa, no gastaba doctores ni libros, sino soldados y astas. Todo fué ímpetu, nada estudio. Arrebató las mujeres que había menester, sujetaba lo que tenía cerca, buscaba lo que tenía lejos. Luego que Cicerón y Bruto y Hortensio y César introdujeron la parola y las declamaciones, ellos propios la turbaron en sedición, y con las conjuras se dieron muerte unos á otros, y otros á sí mismos; y siempre la república y los emperadores y el imperio fuéron deshechos, y por la ambición de los elegantes, aprisionados. Hasta en las aves solo padecen prisión y jaula las que hablan y chirrean; y cuanto mejor y más claro, más bien cerrada y cuidadosa. Entónces pues los estudios fuéron armerías contra las armas, las oraciones santificaban delitos y condenaban virtudes; y reinando la lengua, los triunfos yacían so el poder de las palabras. Los griegos padecieron la propia carcoma de las letras: siguieron la ambición de las academias; estas fuéron envidia de los ejércitos, y los filósofos persecución de los capitanes. Juzgaba el ingenio á la valentía; halláronse ricos de libros y pobres de triunfos. Dices que hoy por sus grandes autores viven los varones grandes que tuvieron; que vive su lengua, ya que murió su monarquía. Lo mismo sucede al puñal que hierre al hombre, que él dura y el hombre acaba; y no es consuelo ni remedio al muerto. Más valiera que viviera la monarquía muda y sin lengua, que vivir la lengua sin la monarquía. Grecia y Roma quedaron ecos: fórmanse en lo hueco y vacío de su majestad, no voz entera, sino apenas cola de la ausencia de la palabra. Esos escritores que la acabaron, quedaron despues de acabarla con vida, que les tasa el lector tan breve, que se regula en unos con el entretenimiento, en otros con la curiosidad. España, cuya gente en los peligros siempre fué pródiga de la alma, ansiosa de morir, impaciente de mucha edad, despreciadora de la vejez; cuando con incomparable valentía se armó en su total ruina y vencimiento y poca ceniza derramada, se convocó en rayo, y de cadáver se animó en portento,—más atendía á dar que á escribir; ántes á merecer alabanzas que á componerlas; por su coraje hablaban las cajas y las trompas, y toda su prosa gastaba en *Sant Yago* muchas veces repetido. Ellos admiraron el mundo con Viriato y Sertorio; dieron esclarecidas victorias á Aníbal; y á César, que en todo el orbe de la tierra había peleado por la honra, obligaron á pelear por la vida. Pasaron de lo posible los encarecimientos del valor y de la fortaleza en Numancia. Destas y de otras innumerables hazañas nada escribieron, todo lo escribieron los romanos. Servíase su valentía de ajenas plumas; tomaron para sí el obrar, dejaron á los latinos el decir: en tanto que no supieron ser historiadores, supieron merecerlos. Inventóse poco á poco la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto á las murallas y dando más vitorias al certero que al valeroso. Empero luego se inventó la emprenta contra la artillería, plomo contra plomo, tinta contra pólvora, cañones contra cañones. La pólvora no hace efecto mojada: ¿quién duda que la moja la tinta por donde pasan las órdenes que la aprestan y previenen? ¿Quién duda que falta el plomo para balas, despues que se gasta en moldes fundiendo letras, y el metal en láminas? Perro, las batallas nos han dado el imperio, y las vitorias los soldados, y los soldados los premios. Estos se han de dar siempre á los que nos han dado los triunfos. Quien llamó

hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abolorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir. Nunca se juntó el cuchillo á la pluma, que este no la cortase; mas ella con las propias heridas que recibe del acero se venga dél. Vilísimo morisco, nosotros deseamos que entre nuestros contrarios haya muchos que sepan, y entre nosotros muchos que venzan; porque de los enemigos queremos la victoria, y no la alabanza.

«Lo segundo que propones es introducir las leyes de los romanos. Si esto consigieras, acabado habias con todo. Dividiérase todo el imperio en confusion de actores y reos, jueces y sobre jueces; y en la ocupacion de abogados, pasantes, escribientes, relatores, procuradores, solicitadores, secretarios, escribanos, oficiales y alguaciles, se agotaran las gentes; y la guerra, que hoy escoge personas, será forzada á servirse de los inútiles y desechados del ocio contencioso. Habrá más pleitos, no porque habrá más razon, sino porque habrá más leyes. Con nuestro estilo tenemos la paz que habemos menester, y los demas la guerra que nosotros queremos que tengan: las leyes por sí buenas son y justificadas; mas habiendo legistas, todas son tontas y sin entendimiento. Esto no se puede negar, pues los mismos jurisprudentes lo confiesan todas las veces que dan á la ley el entendimiento que quieren, presuponiendo que ella por sí no le tiene. No hay juez que no afirme que el entendimiento de la ley es el suyo; y con decir que se le dan suponen que no le tiene. Yo renegado soy, cristiano fuí, y depongo de vista que no hay ley civil ni criminal que no tenga tantos entendimientos como letrados y jueces, como glosadores y comentadores, y á fuerza de entendimientos que la achacan, le falta el que tiene, y queda mentecata. Por esto al que condenan en el pleito le condenan en lo que le pide el contrario y en lo que no le pide, pues se lo gasta la defensa; y nadie gana en el pleito sin perder en él todo lo que gasta en ganarle; y todos pierden, y en todo se pierde. Y cuando falta razon para quitar á uno lo que posee, sobran leyes que, torcidas ó interpretadas, inducen el pleito, y le padecen igualmente el que le busca y el que le huye. Véase qué dos proposiciones nos encaminaba el agradecimiento del morisco.

«La tercera fué que dejásemos los alfanjes por las espadas. En esto, como no habia muy considerable inconveniente, no hallo utilidad considerable para que se haga. Nuestro carácter es la media luna; ese esgrimimos en los alfanjes. Usar de los trajes y costumbres de los enemigos, ceremonia es de esclavos y traje de vencidos; y por lo ménos es premisa de lo uno ú de lo otro. Si hemos de permanecer, arrimémonos al aforismo que dice: *Lo que siempre se hizo, siempre se haga; lo que nunca se hizo, nunca se haga*, pues obedecido, preserva de novedades. Pique el cristiano y corte el turco; y á este morisco que arrojó aquel, este le empale.

«En cuanto al postrero punto, que toca en el uso de las viñas y del vino, allá se lo haya la sed con el Alcoran. No es poco lo que en esto se permite dias há; empero advierto que si universalmente se da licenciã al beber vino y á las tabernas, servirá de que paguemos la agua cara y bebamos á precio de lagares los pozos por azumbres. Mi parecer es, segun lo propuesto, que este malvado perro aborrece más á quien le acoge que á quien le expela.

Oyeron todos con gran silencio. El morisco estaba muy trabajoso de semblante, toda la frente rociada de trasudores de miedo; cuando Halí, primero visir, que estaba más arrimado á las cortinas del Gran Señor, despues de haber consultado su semblante, dijo:

— Esclavos cristianos, ¿qué decis de lo que habeis oido? Ellos, viendo la ceguedad de aquella engañada nacion, y que amaban la barbaridad y ponian su conservacion en la tiranía y en la ignorancia, aborreciendo la gloria de las letras y la justicia de las leyes, hicieron que por todos respondiese un caballero español, de treinta años de prision, con tales palabras:

— Nosotros españoles no hemos de aconsejaros cosa que os esté bien, que sería ser traidores á nuestro monarca y faltar á nuestra religion; ni os hemos de engañar, porque no necesitamos de engaños para nuestra defensa los cristianos: dispuestos estamos á aguardar la muerte en este silencio inculpable. El Gran Señor, cogido de la *hora*, y corriendo las cortinas de su solio (cosa nunca vista), con voces enojadas dijo:

— Esos cristianos sean libres; válgales por rescate su generosa bondad: vestidlos y socorredos para su navegacion con grande abundancia de las haciendas de todos los moriscos; y á ese perro quemareis vivo, porque propuso novedades; y se publicará por irremisible la propia pena en los que le imitaren. Yo elijo ser llamado bárbaro vencedor, y renuncio que me llamen docto vencido: saber vencer ha de ser el saber nuestro; que pueblo idiota es seguridad del tirano. Y mando á todos los que habeis estado presentes, que os olvideis de lo que oistes al morisco. Obedezcan mis órdenes las potencias como los sentidos, y acobardad con mi enojo vuestras memorias. Dió con esto la *hora* á todos lo que merecian: á los bárbaros infieles obstinacion en su ignorancia, á los cristianos libertad y premio, y al morisco castigo.

XXXVI.

Los de Chile y los holandeses.

Dió una tormenta en un puerto de Chile con un navío de holandeses, que por su sedicion y robos son propiamente dádiva de las borrascas y de los furors del viento. Los indios de Chile, que asistian á la guarda de aquel puerto, como gente que en todo aquel mundo vencido guarda belicosamente su libertad para su condenacion en su idolatría, embistieron con armas á la gente de la nave, entendiendo eran españoles, cuyo imperio les es sitio y á cuyo dominio perseveran excepcion. El capitan del bajel los sosegó, diciendo eran holandeses, y que venian de parte de aquella república con embajada importante á sus caciques y principales; y acompañando estas razones con vino generoso, adobado con las estaciones del norte, y ablandándolos con butiro y otros regalos, fuéron admiti-